

Distancia social y desigualdad. Notas sobre la dimensión valorativa de las relaciones sociales

Social distance and inequality. Notes on the evaluative dimension of social relationships

Daniela Griselda López⁴⁷

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales.
Instituto de Investigaciones Gino Germani. Buenos Aires -
Universidad Nacional de Tres de Febrero, Sáenz Peña,
Argentina.

Resumen

El concepto de distancia social tiene una larga tradición en la reflexión sociológica, pero ha quedado relegado de las agendas de investigación hasta hace unas pocas décadas. A menudo utilizado para abordar el estudio de las clases sociales, el género, el estatus, la etnia y otros tipos de relaciones entre grupos sociales, la principal idea detrás del concepto es que cualquier relación social dada entre éstos, además de características objetivas como el nivel educativo o de ingresos, también involucra relaciones de proximidad y distancia, familiaridad y extrañeza, las que se experimentan en el mundo social en términos valorativos. En este trabajo me propongo esbozar la trayectoria recorrida por esta noción en la teoría sociológica, los debates que han rodeado su definición y su reconceptualización en el marco de los estudios sociales de la valuación para analizar la desigualdad y la construcción de fronteras morales entre grupos en las sociedades contemporáneas.

Palabras clave:

DISTANCIA SOCIAL; DESIGUALDAD; FRONTERAS MORALES; NEOLIBERALISMO

Abstract

The concept of social distance has a long-standing tradition in sociological reflection, but it has been overshadowed by research agendas until a few decades ago. Often used to address the study of social class, gender, status, ethnicity, and other types of relationships between social groups, the main idea behind the concept is that any given social relationship between them, in addition to objective characteristics such as educational level or income, also involves relationships of proximity and distance, familiarity and strangeness, experienced in the social world in terms of value. In this paper, I propose to outline the trajectory covered by the notion in sociological theory, the debates surrounding its definition, and its reconceptualization within the framework of

⁴⁷ dlopez@cbc.uba.ar

social studies of valuation for the analysis of inequality and the construction of moral boundaries between groups in contemporary societies.

Keywords:

SOCIAL DISTANCE; INEQUALITY; MORAL BOUNDARIES;
NEOLIBERALISM

Fecha de recepción: 10 de febrero de 2023.

Fecha de aprobación: 20 de abril de 2023.

Distancia social y desigualdad. Notas sobre la dimensión valorativa de las relaciones sociales

1. Introducción

La valoración de objetos, prácticas y personas, junto con las prácticas de evaluación, se han convertido en temas populares de investigación en sociología. Entre las prácticas de evaluación, “la clasificación se destaca como un tema central en estos estudios” (Krüger & Reinhart, 2017, p. 263). El trabajo de Geoffrey Bowker y Susan Star (1999) se considera un antecedente relevante en este sentido, ya que los autores sostienen que nuestra vida cotidiana está rodeada de sistemas de clasificación. Clasificar es una actividad inherente a la vida social y gran parte de nuestro tiempo lo dedicamos a la tarea de clasificar, a menudo de manera implícita y utilizando clasificaciones ad hoc. Sin embargo, no todas las clasificaciones tienen un carácter formal o se estandarizan en productos comerciales o burocráticos. Las clasificaciones de mercado son un ejemplo de este último tipo y pueden mostrar cómo los dispositivos socio-técnicos clasifican la distribución de recursos y, al mismo tiempo, constituyen sistemas de clasificación moral (Fourcade & Healy, 2007). Los dispositivos socio-técnicos demuestran que las valoraciones, especialmente las cuantitativas, tienen un impacto en el acceso a bienes y servicios por parte de diferentes grupos sociales, lo que repercute en la configuración de las desigualdades sociales. Me enfocaré en dos trabajos que resaltan el carácter performativo de las clasificaciones, evidenciando que se trata de procesos políticos de gran poder, aunque no siempre se reconozcan como tales (Berli et al., 2021).

En su texto *Situaciones de clasificación*⁴⁸ (2013), Marion Fourcade y Kieran Healy demuestran cómo las instituciones del mercado en el contexto del neoliberalismo han adoptado técnicas actuariales para clasificar y dividir a los individuos en categorías que moldean sus oportunidades de vida. De manera más específica, los autores sostienen que el mercado crediticio es tanto una fuerza niveladora como un condensador de nuevas formas de diferenciación social. Para ello, utilizan tecnologías de puntuación o técnicas de *scoring* para clasificar y valorar a las personas según el riesgo crediticio, lo que ha permitido una variedad de distinciones entre las personas merecedoras de crédito, con diferentes tasas de interés y estructuras de préstamo como resultado. Estas puntuaciones se han

⁴⁸ Todas las traducciones de citas y expresiones en el cuerpo del texto son de mi autoría.

expandido a otros mercados como seguros, bienes raíces, empleo, entre otros, lo que resulta en un patrón acumulativo de ventajas y desventajas que puede ser tanto objetivamente medido como subjetivamente experimentado. Las clasificaciones de mercado están estrechamente relacionadas con el estudio de la desigualdad, lo que sugiere un vínculo entre las tecnologías de mercado y el estudio de la desigualdad social.

De acuerdo con esta perspectiva, las instituciones del mercado producen dos tipos de clasificaciones de las personas. El primero distingue entre las personas “adentro” y las que están “afuera”. Por ejemplo, algunas personas pueden ser elegibles para abrir una cuenta bancaria o comprar seguros de salud o de automóviles, mientras que a otras se les puede negar el acceso al crédito. Este tipo de situación de clasificación se la conoce como “exclusión” o “clasificación de fronteras” (Fourcade & Healy, 2013, p. 562)⁴⁹.

El segundo tipo de clasificación de personas son las denominadas *clasificaciones dentro del mercado*, que surgieron en paralelo al crecimiento del crédito en los Estados Unidos en la década de 1980. Nuevas tecnologías de clasificación impulsaron una enorme expansión de productos específicamente comercializados para categorías de personas tradicionalmente desfavorecidas y excluidas. El surgimiento de los sistemas de puntuación crediticia también puede ser visto como parte de una larga tendencia hacia la expansión del acceso al crédito formal y al sistema financiero en general. El *scoring* ha permitido y facilitado la fijación de precios diferenciados para las personas, lo que ha llevado a una expansión del mercado y ha abierto la puerta a nuevas formas de clasificación con efectos poderosos de estratificación. En lugar de clasificar a las personas como *dentro o fuera* del mercado, ahora se les puede ofrecer productos diseñados específicamente para su nivel de riesgo, con términos y precios alternativos. Esto se logra mediante el uso de una escala deslizante graduada que les permite a las personas ser clasificadas a lo largo de todo el espectro de riesgo. Estas clasificaciones, que se producen través del funcionamiento de instrumentos de puntuación, segmentación y

⁴⁹ Un ejemplo de clasificación colectiva de límites es la práctica conocida como *redlining* que ha sido extendida en los Estados Unidos. El *redlining* implicaba la exclusión de barrios enteros de servicios basados en alguna característica social considerada *indeseable*, generalmente relacionada con la raza. Aunque esta forma de exclusión colectiva está formalmente prohibida como discriminatoria, sus efectos todavía se manifiestan a través de patrones invertidos de ubicación geográfica de sucursales bancarias y prestamistas *depredadores* en barrios blancos y negros. Fourcade, M., & Healy, K. (2013). Classification situations: Life-chances in the neoliberal era. *Accounting, Organizations and Society*, 38, 559-572.

marketing, es esencial para comprender la estructura de las desigualdades sociales. Se trata de categorías mucho más específicas de personas, medidas y enfocadas por instrumentos de mercado moralizantes e instituciones de mercado diferenciadas.

Sin embargo, no solo el mercado, sino también el Estado elabora clasificaciones que permiten o restringen el acceso a ciertos bienes y servicios. En su capítulo Los discursos del bienestar y la reforma del Estado de bienestar, John Mohr (2005) recopila los avances de la investigación feminista, en particular el trabajo de Nancy Fraser (1989) para ilustrar este punto. Cuando las académicas feministas se enfocaron en el estudio del Estado de bienestar, especialmente en el caso de los Estados Unidos, comenzaron a enfatizar cómo las categorías sociales subyacentes en la mayoría de los sistemas de bienestar, especialmente las categorías de género como *viuda*, *madre soltera* y similares, son construcciones simbólicas que contienen suposiciones ideológicamente codificadas sobre los roles de género, el concepto de *salario familiar*, la separación adecuada de las esferas pública y privada, así como muchos otros prejuicios culturales cargados moralmente. Un ejemplo clásico es cómo las madres solteras en los Estados Unidos, en su papel de *beneficiarias* de programas federales de apoyo como el programa de Cupones para Alimentos (*Food Stamp Program*, *FSA*, por su sigla en inglés), o el programa Ayuda a las Familias con Niños Dependientes (*Aid to Families with Dependent Children*, *AFDC*) han sido tradicionalmente objeto de una especie de control moral que no se ha impuesto a los beneficiarios de programas de ayuda masculinizados (como la asistencia al desempleo o el seguro de jubilación). Ya sea que se mire el programa de cupones de alimentos en el que a las solicitantes de ayuda se les dan libros de cupones codificados en contenido en lugar de dinero en efectivo como forma de controlar los hábitos de gasto, o los programas de apoyo tipo AFDC en los que la vida sexual de la beneficiaria de ayuda se considera un objeto apropiado de escrutinio, los programas de bienestar social feminizados tienden a ver a las mujeres como necesitadas de una estrecha supervisión moral. En términos de Fraser, las prácticas de bienestar construyen a las mujeres y las necesidades de las mujeres de acuerdo con ciertas interpretaciones específicas –y en principio cuestionables–, incluso cuando prestan a esas interpretaciones “un aura de objetividad que desalienta la contestación” (Fraser, 1989, p. 146).

La idea de que los sistemas de bienestar social están cargados de ambigüedades interpretativas y de un rico discurso moral es nueva. Según el trabajo de Mohr, los historiadores han enfatizado durante mucho tiempo cómo la controversia sobre los significados, las distinciones entre los pobres dignos y los no dignos, por ejemplo, son

características fundamentales de las instituciones de bienestar. Pero este tipo de sensibilidad interpretativa fue considerablemente embotado por los comparativistas formales cuyo abrazo de la cuantificación fomentó una aceptación acrítica y poco refinada de las categorías recibidas. Por lo tanto, lo que las feministas inauguraron fue un cambio sustantivo, un “giro cultural” (Mohr, 2005, p. 348) que alejó el estudio sociológico de las instituciones de bienestar de los duelos positivistas sobre qué línea de regresión se ajusta mejor a qué datos, hacia una orientación académica en la que los programas de bienestar son investigados como patrones institucionalizados de interpretación (Fraser, 1989).

El reconocimiento del impacto de las prácticas de clasificación llevadas a cabo tanto por las instituciones del mercado como por el Estado permite comprender que las clasificaciones del mercado son solo “un caso actual y prominente de un proceso de valoración que proporciona un punto de partida” para pasar a “la teoría sociológica sobre la valoración en general” (Krüger & Reinhart, 2017, p. 264). Esto quiere decir que la mirada sociológica que destaca la importancia de las prácticas de clasificación llevadas a cabo por las instituciones va más allá de la sociología económica y de los mercados, como se puede apreciar en publicaciones recientes que enfatizan la relevancia política de lo que se ha denominado *culturas de la evaluación* (Berli et al., 2021). Según estos estudios, la valoración es un proceso político poderoso que produce y justifica jerarquías sociales, al mismo tiempo que genera mecanismos de inclusión y exclusión social. Por lo tanto, esta perspectiva está estrechamente relacionada con los auténticos intereses epistemológicos y analíticos de la sociología de la desigualdad (Cefaï et al., 2015).

En esta línea, Michèle Lamont investiga el efecto que las definiciones dominantes de valor tienen en la membresía y la ciudadanía social y cultural, así como sus implicaciones en la xenofobia, el racismo, la solidaridad hacia las personas en situación de pobreza y las actitudes hacia la redistribución del bienestar social (Lamont, 2012, p. 202). En un artículo reciente publicado en coautoría, Lamont profundiza en este análisis. Se refiere a la redistribución del bienestar social como la ayuda pública o estatal dirigida a los sectores vulnerables y examina las transformaciones de las sociedades occidentales respecto al aumento de las tensiones en torno a la ciudadanía social, las fronteras y los juicios notoriamente más rígidos sobre quién es “digno” o “merece” la asistencia pública (Bloemraad et al., 2019)⁵⁰.

⁵⁰ Para un estudio de esta temática en Argentina puede consultarse el texto Albertí, A. V. (2018). De "ayudas merecidas y no merecidas". Las políticas

Lamont examina estas tensiones desde la perspectiva de la distancia social, lo que le permite ahondar en el estudio de la construcción de distancias morales entre grupos sociales en las sociedades neoliberales. El análisis de la distancia social entre grupos es crucial para comprender no solo las dimensiones culturales y organizacionales de los procesos de clasificación, o, en sus propias palabras, las *macrodefiniciones de una comunidad simbólica*, sino también para estudiar las *microdinámicas de exclusión*. En términos generales, las macrodefiniciones de una comunidad simbólica establecen las fronteras y las distancias entre los grupos sociales, determinando qué grupos son valorados y dignos de atención y cuáles no lo son. Estas distancias sociales se materializan en prácticas valorativas entre grupos, en microdinámicas de exclusión, lo que suscita preguntas acerca de las relaciones sociales. Lamont focaliza en la configuración y reconfiguración de los límites y las distancias grupales a partir de las experiencias procesuales que los producen. En este sentido, *reintroduce la noción de distancia social y su construcción en términos valorativos en la discusión sobre el neoliberalismo y la desigualdad social*.

La noción de distancia social ha sido utilizada para abordar el estudio de las relaciones entre grupos, incluyendo clases sociales, género, estatus y etnia, entre otros. La idea principal detrás del concepto es que cualquier relación social entre grupos no solo se basa en características objetivas, como el nivel educativo o de ingresos, sino también en relaciones de proximidad y distancia, familiaridad y extrañeza, que se experimentan en términos valorativos o morales. En este artículo, me propongo un trabajo de investigación teórica que busca recuperar la importancia de la noción de distancia social para los estudios de la valuación, especialmente en el área de la *analítica de la desigualdad* (Berli et al., 2021).

En la primera sección, presento una breve historia de la noción en el pensamiento sociológico clásico, sugiriendo que la reflexión clásica sobre el tema es fruto del surgimiento y la consolidación de la sociedad industrial. En este contexto, se interpreta la distancia social como una forma de abordar fenómenos como las clases sociales, la división del trabajo, el impacto de la vida en la metrópoli y el consiguiente anonimato en las relaciones sociales. En la segunda sección, abordo la posterior reapropiación de la noción en el contexto de Estados Unidos, especialmente el impacto de la sociología de Georg

sociales de transferencia monetaria en la zona rural del Nordeste de Misiones, Argentina. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy*, 54, 115-138.

Simmel y la mirada fenomenológica de Alfred Schutz. En este caso, se conecta el fenómeno de la distancia social con la necesidad de dar respuesta a problemas sociales emergentes como el racismo, la discriminación, la xenofobia y la exclusión social, derivados de la migración y el contacto cultural en sociedades complejas. Por último, recupero la reconceptualización de la noción de distancia social en el marco de los estudios sociales de la valuación, para analizar la desigualdad y la construcción de fronteras morales entre grupos en las sociedades contemporáneas. Se destaca la importancia de comprender no solo las dimensiones culturales y organizacionales de los procesos de clasificación, sino también las microdinámicas de exclusión y las prácticas valorativas entre grupos que configuran y reconfiguran los límites grupales. En este sentido, la noción de distancia social es crucial para entender las formas en que se construyen y mantienen las desigualdades sociales.

2. El concepto de distancia social en la sociología clásica

La reflexión sociológica sobre la noción de distancia social tiene su origen en los trabajos de tres pensadores clásicos: Gabriel Tarde, Émile Durkheim y Georg Simmel⁵¹. Fue Tarde quien introdujo por primera vez esta noción en su obra *Las leyes de la imitación* (1907 [1890]), en la que propuso que la distancia entre dos grupos, definidos en términos de clases, deriva del grado de imitación que existe entre ellos.

Distancia se entiende aquí en el sentido sociológico de la palabra. Por geoméricamente alejado que se halle un extranjero, está próximo en este sentido, si las relaciones con él son múltiples y diarias, y se tienen cuantas facilidades se deseen para satisfacer el deseo de imitarle. Esta ley de la imitación del más próximo, del menos distante, explica el carácter sucesivo y gradual de la propagación de un ejemplo partido de lo alto de una sociedad. Como corolario, puede deducirse, cuando una clase inferior trata de imitar por primera vez a otra superior, que ha disminuido la distancia que las separa (Tarde, 1907 [1890], pp. 259-260).

⁵¹ Para un desarrollo en profundidad de estas perspectivas véase López, D. G. (2021b). A Phenomenological Approach to the Study of Social Distance. *Human Studies*, 44, 171–200.

Tarde se interesó por los procesos de imitación entre las diferentes clases sociales, y argumentaba que el grado de imitación existente entre grupos determina la proximidad social entre ellos. En la literatura posterior, este énfasis parece haberse desplazado hacia el resultado general de los procesos de imitación, es decir, a las similitudes culturales. En consecuencia, “a medida que aumenta el grado de imitación entre dos grupos, también aumenta la similitud cultural entre ellos, lo que conduce a una mayor proximidad social” (Karakayali, 2009, p. 539). Un ejemplo de esta deriva se encuentra en el trabajo de Pierre Bourdieu (1996), quien utiliza una metáfora geográfica para conceptualizar el espacio social. Para Bourdieu, el espacio social es un territorio en el que se delinean regiones, y la distancia social se define como la distancia cultural entre los agentes, grupos e instituciones ubicados en dicho espacio. Bourdieu sostiene que las distancias espaciales coinciden, en teoría –o *sobre el papel*–, con las distancias sociales. Según su razonamiento, las personas que se encuentran físicamente cerca tienen más cosas en común que aquellas que están alejadas. La distancia física y la proximidad serían *predictivas* de encuentros, afinidades, simpatías e incluso deseos. Además, la proximidad en el espacio social podría predisponer a las personas a acercarse entre sí, dado que las personas que se inscriben en un sector restringido del espacio social suelen compartir propiedades, “disposiciones, gustos e intereses semejantes” (Bourdieu, 1996, p. 131). Aunque es posible observar una tendencia estructural a la segregación en el espacio, y es cierto que las personas que están cercanas en términos de espacio social tienden a estar físicamente cercanas, las interacciones reales pueden variar significativamente. De hecho, es común que personas que están distantes en el espacio social interactúen en el espacio físico, lo que abre un campo de investigación empírica sobre las dinámicas que se producen en las relaciones de proximidad y distancia en cada contexto específico.

Volviendo a la sociología clásica, Durkheim también analizó la relación entre distancia física y social en su estudio sobre los principios de la integración social inherentes a la solidaridad orgánica. Estas nociones surgieron en respuesta a un nuevo contexto histórico en el que “la distancia espacial entre los individuos se redujo” (Weinar et al., 2017, p. 120).

Según Durkheim, la división del trabajo progresa a medida que aumenta el número de individuos que están en contacto suficiente para actuar y reaccionar entre sí. El intercambio activo entre los individuos es lo que Durkheim denomina *densidad moral* o *proximidad o acercamiento moral*. El progreso de la división del trabajo es directamente proporcional a la densidad moral de la sociedad. Además,

la densidad moral es correlativa y debe ser proporcional a la densidad física. Al respecto afirma: “[...] ese acercamiento moral no puede producir su efecto, sino cuando la distancia real entre los individuos ha, ella misma, disminuido de cualquier manera que sea” (Durkheim, 1993 [1893], p. 36). Según Durkheim, la proximidad moral no puede aumentar sin que la proximidad material aumente al mismo tiempo; ambas son inseparables. La proximidad entre grupos se expresa en términos de interacciones sociales y requiere intercambios activos entre individuos, lo que conduce a la proximidad moral. Por el contrario, cuando los intercambios son escasos, la distancia moral entre los individuos aumenta.

El estudio de los intercambios activos entre individuos que explica la densidad moral de los lazos sociales encuentra eco, posteriormente, en el trabajo de Mark Granovetter quien mostró que la frecuencia y la duración de la interacción entre personas o grupos constituyen los principales criterios para decidir acerca de la debilidad o la fuerza de un lazo social. Granovetter afirma que “la fuerza de un lazo es una combinación (probablemente lineal) de la cantidad de tiempo, la intensidad emocional, la intimidad (confianza mutua) y los servicios recíprocos que caracterizan el lazo” (Granovetter, 1973, p. 1361).

Uno de los trabajos más influyentes en la definición de la noción de distancia social es el texto de Simmel, *El extranjero*⁵² (Simmel, 2002 [1908]). En él, Simmel analiza la *forma sociológica* del extranjero, para explorar las relaciones de proximidad y distancia entre grupos sociales. La forma sociológica del extranjero, afirma, demuestra la unión de proximidad y distancia que está contenida en todas las relaciones humanas⁵³. En el caso del extranjero, esto significa que el lejano está próximo; esta es la síntesis de lo próximo y lo extraño que constituye el carácter formal de la posición del extranjero. El extranjero

⁵² El texto fue tomado de *Der Fremde*, publicado originalmente en Simmel, G. (1908). *Der Fremde*. En *Soziologie* (pp. 685-691). Dunker & Humblot. Traducción castellana *Digresión sobre el extranjero* en Simmel, G. (1938). *Digresión sobre el extranjero*. En *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (pp. 273-279). Espasa-Calpe. En este artículo utilicé la traducción castellana más reciente Simmel, G. (2002 [1908]). *El extranjero*. En G. Simmel (Ed.), *Sobre la individualidad y las formas sociales* (pp. 211-218). Universidad Nacional de Quilmes.

⁵³ Dado que la noción de distancia social hace referencia al carácter extraño, incomprensible y opaco en el que se nos presenta la alteridad, algunas discusiones sobre ese concepto se solapan con la sociología de lo extraño, también conocida como sociología del extranjero. Ambas reflexiones están en íntima relación.

es un elemento del grupo mismo, como los pobres, dice Simmel, o las diversas clases de “enemigos interiores”. Por un lado, “tienen una posición de miembros”, por el otro, “están como fuera y enfrente” (Simmel, 2002 [1908], p. 212). El tipo de extranjero que Simmel considera no es el del nómada migrante, no es alguien que viene hoy y se va mañana, sino más bien alguien que viene hoy y se queda mañana; es, por así decirlo, “un emigrante en potencia” que, aunque se haya detenido no ha emigrado “completamente” (Simmel, 2002 [1908], p. 211). Se ha fijado en un determinado círculo espacial, pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo. En este sentido, el extranjero nos es próximo en cuanto sentimos que entre él y nosotros se dan igualdades sociales, profesionales o simplemente humanas; sin embargo, nos es lejano en cuanto que esas igualdades están por encima de ambos, y solo nos unen porque también unen a muchas otras personas.

La sociología de Simmel destaca por su análisis pionero de los efectos de la distancia física en las relaciones sociales. El fenómeno de la metrópoli muestra que las relaciones urbanas tienen características similares a las relaciones entre extranjeros. En este contexto, las fronteras sociales, que son tan relevantes en la estratificación urbana, “coexisten con distanciamientos en tiempo y en espacio, y con espacios de circulación e intercambio abstractos” (Frisby, 2004, p. xxxi). En su estudio sobre la metrópoli, Simmel encuentra afinidades entre los intercambios abstractos propios de la economía monetaria y la vida urbana: “economía monetaria y dominio del entendimiento están en la más profunda conexión. Les es común la pura objetividad en el trato con hombres y cosas” (Simmel, 2002 [1903], p. 390). En este sentido, la actitud de los habitantes de la metrópoli entre sí puede caracterizarse como de reserva, lo que conduce a que usualmente ni siquiera se conozca “de vista a vecinos de años y que tan a menudo nos hace parecer a los ojos de los habitantes de las ciudades pequeñas como fríos y sin sentimientos” (Simmel, 2002 [1903], p. 394). Según David Frisby, los habitantes de la metrópoli son socializados como extraños, como seres anónimos. Los modos de interactuar con otros en las metrópolis modernas están asociados con la creación de distancia social. Interactuamos a partir de roles *anónimos* en la escena social y establecemos una distancia con otras personas respecto del contenido subjetivo de esa relación. Sin embargo, este supuesto no se percibe tan dramáticamente como en la confrontación con el otro como extraño. Nuestra relación más abstracta con el extraño como otro, nuestra relación con los extraños en la ciudad no como individuos, sino más bien como *extraños de un tipo particular*, y las referencias de Simmel

a la idea de *enemigos internos*, todos estos elementos apuntan a la discusión central acerca la alteridad.

3. La sociología norteamericana: debates en torno a la definición de la distancia social

La concepción simmeliana de la distancia social adquirió gran importancia en la sociología estadounidense de los años 20, en parte debido a la necesidad colectiva de entender las relaciones entre los grupos raciales en los Estados Unidos. No obstante, la idea de la forma sociológica del extranjero, desarrollada por Simmel, “fue rápidamente diferenciada del concepto matriz y desde 1924 ha guiado una tradición de investigación independiente” (McLemore, 1970, p. 87). La tradición posterior malinterpretó los rasgos del extraño de Simmel, lo que tuvo como consecuencia una alteración del concepto (Levine et al., 1976, p. 830). Robert Park desempeñó un papel clave en la distorsión del concepto de Simmel al introducir su propia noción del “hombre marginal” como contrapartida al extranjero. Esta propuesta surgida en su investigación sobre fenómenos migratorios y de contacto cultural en sociedades complejas, buscaba ofrecer una alternativa para comprender las dinámicas de inclusión y exclusión en la sociedad estadounidense de principios del siglo XX. Para Park, “[e]l judío emancipado era, y es, histórica y típicamente, el hombre marginal, el primer cosmopolita y ciudadano del mundo” (Park, 1928, p. 892). El hombre marginal es una persona que aspira a tener, pero está excluido de la membresía plena en un nuevo grupo. Park sugirió que varios comportamientos desviados como el crimen o la delincuencia reflejaban la experiencia de las personas que, al migrar, “habían renunciado a viejos valores, pero no habían adquirido adecuadamente las normas y habilidades de su nuevo entorno” (Levine et al., 1976, p. 830). Everett Stonequist (1961 [1937]), alumno de Park, llamó la atención sobre el modo en que el concepto simmeliano había sido alterado e indicó que el hombre marginal no era idéntico al extraño de Simmel que, más cerca del tipo de un *viajero potencial*, no aspira a ser asimilado. A pesar de la claridad de la crítica de Stonequist y de la distinción propuesta por él entre *marginalidad* y *extrañeza o ajenidad*, la interpretación de Park prevaleció como la lectura dominante del extraño de Simmel en el contexto de la academia estadounidense de la época: “La tendencia a confundir al hombre marginal con el extraño de Simmel ha persistido” y Simmel ha sido mal interpretado “a través de la distorsión de Park” (Levine et al., 1976, p. 831).

En 1928, Emory Bogardus construyó la primera escala estadística de actitud y opiniones para medir los prejuicios raciales.

Tomando como punto de partida la noción de distancia social de Simmel, estructuró su análisis para medir la distancia social desde un punto de vista afectivo-personal (Kadushin, 1962). La escala distribuye valores numéricos a diferentes tipos de relaciones sociales que van desde las relaciones sociales más cercanas (matrimonio) a las más distantes (hostilidad y exclusión social). La escala de Bogardus se aplica a través de preguntas para conocer los sentimientos de la persona encuestada hacia un miembro de un grupo determinado, preguntando cuál es el grado de intimidad que estaría dispuesto a admitir. En orden creciente de distancia social, se pregunta si estaría dispuesto/a a casarse, a ser amigo/a íntimo/a, a tener como vecino/a y a tener como compañero/a de trabajo a una persona de “x” grupo social. Posteriormente, se pregunta si estaría dispuesto/a a que una persona de “x” grupo social viva en su ciudad, sea ciudadana de su país, o visite su país en calidad de extranjera. La escala tiene una naturaleza acumulativa, ya que cada acuerdo con un enunciado implica un supuesto acuerdo con cualquier enunciado posterior. Por ejemplo, si alguien acepta casarse con alguien de un grupo en particular, se presume que también está de acuerdo con tenerlo como vecino/a, amigo/a o incluso ciudadano/a de su país. En resumen, la escala mide la distancia social que un grupo desea mantener con otros grupos en la sociedad. Sin embargo, se puede objetar que las preguntas del cuestionario definen de antemano al grupo en cuestión, sin tener en cuenta las perspectivas y los significados de los actores y actoras. Además, la escala de Bogardus ha sido criticada por hacer una lectura restringida, psicológica y afectiva de la noción de distancia social. A través de los escritos de Park y Bogardus, la distancia social se introdujo en la terminología de la sociología de Estados Unidos y se estableció “como un factor social-psicológico”, eliminando en gran medida cualquier referencia a la estructura social (Kadushin, 1962, p. 519). Posteriormente, la fenomenología amplió el concepto a otras dimensiones que no se limitan al aspecto afectivo o personal, sino que también abarcan rasgos interaccionales, culturales y valorativos.

La sociología fenomenológica de Alfred Schutz y su interrogación acerca del extranjero (1964 [1944]) y acerca de la distancia social (2003 [1957]) emanan de un contexto caracterizado por el surgimiento de problemas sociales vinculados al racismo, la discriminación, la xenofobia y la exclusión social, especialmente en el contexto de la migración y el contacto cultural. En este marco, Schutz desarrolla su concepto de distancia social, basado en el contraste entre lo familiar y lo extraño, en consonancia con la reflexión husserliana sobre el mundo familiar [*Heimwelt*] y el mundo extraño [*Fremdwelt*] (Husserl, 1973). Edmund Husserl define al mundo de la vida como

nuestro suelo y horizonte. El mundo de la vida es, desde esta perspectiva, entendido como nuestro “territorio, como una esfera geohistórica y cultural delimitada” (Steinbock, 1995, p. 121). En su estudio sobre la intersubjetividad, Husserl menciona que desde el comienzo nuestro mundo se divide en *mundo familiar* y *mundo extraño*. El mundo familiar es aquel que nos es inmediatamente asequible, tanto cognitiva como afectivamente, en el que compartimos lenguaje y gestos, conocemos el propósito de las cosas y las finalidades de las acciones de las personas, compartimos las mismas costumbres, anticipamos por analogía los comportamientos y el curso de nuestras percepciones. Se trata del ámbito de lo *cercano* y del *nosotros* que empieza en la familia y se extiende en círculos concéntricos a la comunidad, la patria o el continente. “El ‘mundo circundante familiar’ se identifica inicialmente con *el* mundo mismo y esta ‘humanidad cerrada’ con *la* humanidad misma, según afirma Rosemary Rizo Patrón” (2010, p. 100. Énfasis en el original.) . Por su parte, el *mundo extraño* –desde el *mundo familiar*– irrumpe como lo *lejano*, lo exterior al *nosotros*, lo no anticipable en analogías concretas, lo inaccesible. No solamente cada cosa, señal y gesto aparece distinto, sino que todo resulta una *totalidad desconocida*. El mundo extraño posee “otros fines de vida, convicciones de todo tipo, otras costumbres, otros modos prácticos de comportarse, otras tradiciones”, en suma, otra cultura y otra “visión del mundo” (Rizo-Patrón, 2010, p. 101). El mundo extraño del Otro nos trasciende, es *en principio* inaccesible y representa una fuente de extrañeza que está contenida en la estructura del mundo de la vida. Este hecho resalta la radical alteridad del Otro. Como afirma Rizo-Patrón: “el ‘mundo extraño del Otro, además, aparece ‘coloreado’ por los prejuicios del ‘mundo familiar’ propio. No solo se le ‘excluye’ y discrimina, sino que también se lo desvaloriza –sus valoraciones, cogniciones, normatividades ‘no son válidas’ en relación a las del ‘mundo familiar’. El ‘mundo extraño’ constituye una amenaza a los conceptos *del* mundo y *la* humanidad constituidos desde el ‘mundo familiar’” (Rizo-Patrón, 2010, p. 101. Énfasis en el original).

La trascendencia de la alteridad es una característica general de nuestra experiencia del mundo que se experimenta en distintos grados y que alcanza su forma extrema en el caso del extranjero. Dejando de lado el análisis trascendental husserliano y desde el punto de vista de una antropología filosófica, Schutz dirá en su artículo sobre *El extranjero* que “la extrañeza y la familiaridad no se limitan al campo social, sino que son categorías generales de nuestra interpretación del mundo” (Schutz, 2003 [1944], p. 107). Schutz señala que ciertas características son comunes a todos los grupos sociales porque tienen sus raíces en la condición humana. En todas partes encontramos la

división en grupos por sexo y por edad, así como cierta división del trabajo condicionada por ellos, también organizaciones más o menos rígida de parentesco que ordenan el mundo “en zonas de diversa distancia social, desde la íntima familiaridad hasta la extrañeza” (Schutz, 2003 [1957], p. 213). En este sentido, la experiencia de familiaridad y extrañeza o, de intimidad y anonimato, que está contenida en la estructura del mundo de la vida, es organizada y construida en el mundo social y en cada momento histórico en zonas de diversa distancia y proximidad entre grupos sociales. Desde la perspectiva de Schutz, los grupos sociales se nos presentan en una gradiente que va de lo familiar a lo extraño, la que, a su vez, está atravesada por relaciones de jerarquías y subordinación. La distancia social se define entonces como la relación de proximidad y distancia, familiaridad y extrañeza entre grupos sociales, la que se experimenta en el mundo social en términos de *nosotros/as* y *ellos/as*. De acuerdo al análisis de Schutz, pueden resaltarse diferentes dimensiones para el estudio de la distancia social entre grupos. Esta puede ser afectiva, en referencia al “sentimiento de integración o comunidad de intereses” (Schutz, 2003 [1957], p. 232), interaccional con relación a la “índole del vínculo que une al grupo, a la extensión, duración o intimidad del contacto social” (Schutz, 2003 [1957], p. 233) y “cultural” la que apunta hacia los “modos de vida” grupales, al encuadre cultural de cada grupo en términos de valoraciones, instituciones, sistemas de orientación y guías peculiares tales como tipificaciones, relevancias, costumbres, moral y leyes que le son dadas de antemano a cada actor como un esquema de orientación e interpretación de sus acciones (Schutz, 2003 [1957], p. 227). La noción de distancia social también se refiere a las diversas actitudes y valoraciones que un grupo tiene hacia la alteridad, en términos de aceptación, tolerancia, intolerancia, hostilidad, confrontación y discriminación, entre otros aspectos. Según Schutz, y siguiendo el trabajo de William Graham Sumner, “el propio grupo es el centro de todo, y todos los demás grupos son clasificados y calificados en referencia al primero” (Schutz, 2003 [1957], p. 226). De esta manera, el endogrupo no solo considera sus prácticas como las únicas “buenas y correctas”, sino que también las justifica según los símbolos que conforman su “mito central” y que iluminan al grupo como un “pequeño cosmos” (Schutz, 2003 [1957], p. 226). Esto lleva a una importante fuente de incongruencia entre los grupos sociales: la discrepancia entre la interpretación subjetiva y la objetiva del grupo. Desde un punto de vista objetivo, la noción del endogrupo es una construcción conceptual del extraño, quien, aplicando su propio sistema de tipologías, clasificaciones y relevancias, incluye a los individuos que presentan ciertas características y aspectos particulares en una categoría social

homogénea. Sin embargo, esta categorización social es una interpretación objetiva que nunca coincidirá plenamente con la autointerpretación que tiene el grupo en cuestión. La discrepancia resultante entre la interpretación subjetiva y objetiva del grupo es relativamente inofensiva mientras los individuos tipificados no estén sometidos al control de otros. Pero si estos disponen del poder para aplicar su sistema de significados a los individuos a los que clasifican y, especialmente, para imponer su institucionalización, este hecho tendrá diversas repercusiones en la situación de las personas y grupos tipificados contra su voluntad. Si una persona o grupo se ve obligado a identificarse como totalidad con un rasgo o característica particular que lo ubica en una categoría social no considerada por ella como significativa, se la degrada como espécimen intercambiable de la clase tipificada. Queda alienada de sí misma, convirtiéndose en un mero representante de las características tipificadas. El sentimiento de degradación causado por la identificación de toda la personalidad del individuo, o de amplias capas de ella, con la característica tipificada impuesta, es uno de los motivos básicos de la experiencia subjetiva de discriminación.

Siguiendo la perspectiva de la fenomenología de lo extraño, Bernhard Waldenfels y Anthony Steinbock van más allá al afirmar que la ajenidad y la propiedad son “relaciones mundanas de exclusión e inclusión” (Waldenfels & Steinbock, 1990, p. 24), y son “el resultado del establecimiento de límites que distinguen un interior de un exterior y que, de ese modo, adoptan la forma de inclusión y exclusión” (Waldenfels, 2011, p. 11). Por tanto, se puede afirmar que los cambios en la proximidad y la distancia entre grupos sociales que resultan de las clasificaciones institucionalizadas son fundamentales en las dinámicas de las sociedades modernas y dan lugar a diversos regímenes de inclusión y exclusión social. En consecuencia, el concepto de distancia social es esencial para entender el problema de la desigualdad.

4. Agendas de investigación: neoliberalismo y fronteras morales

Existen múltiples formas de conceptualizar la distancia social, cada una de ellas poniendo el énfasis en distintas dimensiones. Por ejemplo, se puede enfatizar la dimensión afectiva, que se refiere a cómo los miembros de un grupo experimentan emocionalmente su relación con otros grupos. También es posible reflexionar sobre la dimensión interaccional, es decir, cuánto tiempo y con qué frecuencia las personas interactúan entre sí. Además, la dimensión cultural es examinada para estudiar en qué medida los grupos comparten rasgos similares, y cómo se diferencia el *nosotros/as* del *ellos/as*. Por último, la distancia social

también se refiere a las diferentes actitudes y valoraciones que un grupo tiene hacia la alteridad.

De todas estas dimensiones, la cuestión de la valoración es la que ha adquirido mayor relevancia en las agendas de investigación actuales, ya que se ha encontrado una fuerte relación entre la construcción de las fronteras morales entre los grupos y la producción de desigualdad. Las *definiciones dominantes de valor*, a menudo institucionalizadas, son centrales para la creación de la desigualdad. En primer lugar, es fundamental destacar que la valoración que hacen las sociedades e instituciones de determinados tipos de sujetos morales juega un papel relevante en la desigualdad social, “estos guiones rara vez se consideran en los estudios actuales que buscan dar sentido a la creciente brecha socioeconómica” (Lamont, 2017b, pp. 10-11). En segundo lugar, resulta esencial examinar las prácticas concretas de construcción de fronteras morales y las respuestas que se dan ante la exclusión. Desde una perspectiva “fenomenológica de las fronteras grupales”, la autora se centra en analizar cómo se “configuran y reconfiguran los límites entre los grupos a partir de las experiencias procesuales que los producen” y “las narrativas que surgen de los grupos estigmatizados”, discriminados, excluidos o situados en una posición de subalternidad (Lamont et al., 2016, p. 27). Por tanto, se produce una fenomenología de las fronteras grupales que pone de relieve la profundidad de las narrativas de estos grupos y que enfatiza la importancia de considerar la valoración que se hace de ellos.

En sus primeros estudios culturales comparativos sobre las clases sociales en Francia y Estados Unidos (Lamont, 1992, 2000), la autora se enfoca en las categorías que los individuos y grupos movilizan para definir quiénes son considerados como *gente digna o valiosa*, y para establecer los límites con aquellas personas que, desde su perspectiva, poseen *menor valor*. Al contrario de Bogardus, Lamont no establece de antemano el grupo hacia el cual se establece una distancia en términos de valor. En su lugar, busca que las personas entrevistadas describan a otras personas a las que consideran similares o diferentes, superiores o inferiores, tanto en términos abstractos como concretos. A partir de este contraste de miradas respecto de la membresía cultural, Lamont delimita “grupos centrales y periféricos” (Lamont, 2017b, p. 16) que se valoran de diferente manera dentro de las comunidades consideradas en términos simbólicos. Las distancias morales que se establecen entre las clases sociales, afirma, “juegan un rol importante en cómo las personas lidian con la desigualdad” (Lamont, 2017a).

La comprensión de los procesos de clasificación y exclusión entre grupos es fundamental desde una perspectiva cultural y organizacional, y permite examinar tanto las *macrodefiniciones* de una

comunidad simbólica como las *microdinámicas* de exclusión (Lamont, 2012). Según la autora, es posible identificar los ejes de inclusión y exclusión en términos de valor, así como los patrones culturales, institucionales y gramáticas de valor que sostienen estas divisiones. Las microdinámicas cotidianas de valoración a menudo se corresponden con regímenes de valoración más amplios. Existen *repertorios culturales institucionalizados* que están disponibles de diversas maneras en diferentes contextos, y que refuerzan, legitiman y justifican las prácticas cotidianas de inclusión y exclusión. La perspectiva mencionada es relevante para comprender las dimensiones culturales e institucionales de los procesos de clasificación y para establecer conexiones entre las microdinámicas de exclusión y las macrodefiniciones de la comunidad simbólica.

El doble abordaje de los procesos de inclusión y exclusión en términos de microdinámicas y macrodefiniciones, expresa el diálogo que mantiene la autora con la sociología francesa postbourdiesiana, especialmente con Luc Boltanski y Laurent Thévenot quienes en su libro *Sobre la Justificación* (2006 [1991]) investigan los regímenes de valor como construcciones normativas generales que operan como justificaciones del capitalismo. Desde esta mirada, el valor se atribuye a las personas y adquiere sentido en el marco del régimen de justificación o del orden específico del que se trate. Lamont procede de modo “más inductivo con una preocupación por identificar las categorías que grupos e individuos movilizan para definir el valor” (Lamont, 2017b, p. 14). Con un enfoque en las microdinámicas pero con un correlato en las macrodefiniciones que se vuelven dominantes, Lamont propone el análisis comparativo y como herramienta central el estudio de los repertorios culturales. Así, basándose en investigaciones en el campo de la sociología de la cultura, en particular en el trabajo de Ann Swidler (1986) en particular, Lamont enfoca el lado de la “oferta de cultura” y propone que las diferencias culturales pueden capturarse poniendo el foco en “los repertorios culturales” que, a modo de “caja de herramientas”, poseen los actores sociales y que les permiten “dar sentido a su mundo en contextos sociales diversos”. Por ejemplo, Lamont afirma que las personas utilizan una “narrativa que apela a las fuerzas del mercado para explicar lo que está sucediendo en sus países, con mayor frecuencia en Estados Unidos que en Francia” (Lamont, 2017b, p. 15). Estos repertorios crean diferentes formas de valoración, o definiciones de valor, más o menos probables en contextos diversos. Para Lamont, un enfoque en los repertorios (o guiones) nacionales históricos institucionalizados permite a los científicos sociales

comparar sociedades en términos culturales, sin esencializar las diferencias nacionales o grupales.⁵⁴

En la última década, Lamont ha centrado sus estudios en el neoliberalismo, cuya expansión ha fomentado la individualización y disminución de la solidaridad social. Ubicar el foco en la producción de las fronteras morales le permite comprender las definiciones dominantes del valor de los diversos grupos sociales en las sociedades neoliberales y está íntimamente conectado al problema de la desigualdad y a la (re)producción de las jerarquías sociales. El neoliberalismo se describe como una serie de cambios que se refuerzan mutuamente y que ocurren simultáneamente en múltiples niveles. A nivel económico, los mecanismos de mercado dominan todos los aspectos de la vida social. A nivel político, hay una creciente prevalencia de retóricas, leyes y políticas públicas dirigidas a reforzar los mecanismos de mercado. A nivel administrativo, se produce una multiplicación de herramientas de auditoría con miras a una mayor rendición de cuentas y mercadeo. Y a nivel cultural, se evidencia una profunda transformación de las definiciones compartidas de valor, a favor del desempeño económico, el éxito profesional, la competitividad y la autosuficiencia. “Estos criterios llegan a permearse todas las clases sociales” (Lamont, 2017b, p. 18).

Siguiendo la problemática planteada en la introducción, Lamont sostiene que *la redistribución de las ventajas y desventajas asociadas con el neoliberalismo se deriva no solo de cómo los mercados y las instituciones reasignan los recursos, sino también de cómo el neoliberalismo transforma las estructuras discursivas*. De vital importancia son las categorías que las personas utilizan para determinar el valor. Las ideas neoliberales promueven marcos particulares que los actores y las actrices utilizan para definir cómo deben vivir sus vidas, lo que son capaces de hacer y lo que pueden esperar. Estos elementos son constitutivos de los horizontes de posibilidad y de los contornos de las

⁵⁴ Si bien no es el objeto de este texto entablar una discusión respecto de la noción de repertorio cultural de Swidler y su reapropiación por parte de Lamont, es importante señalar que las características de las sociedades actuales también generan “condiciones para una fluidez y mutabilidad sin parangón de los repertorios culturales, debido al grado de interconexión e intercambios entre sociedades, actores colectivos e individuos. La idea es que los sujetos contemporáneos viven crecientemente en la intersección de varios mundos culturales” Santos, M. (2012). Repertorios culturales y estrategias de acción. Reflexiones desde la perspectiva de la “cultura en movimiento”. *Debates en Sociología*, 37, 155-168. De este modo, debe tenerse en cuenta que puede establecerse una distancia crítica respecto de la noción de repertorios culturales.

comunidades simbólicas. Un discurso que eleva los criterios de valor del mercado tiende a clasificar a las personas de clase alta en una comunidad delimitada y a marginar a aquellos que tienen menos recursos económicos. Las ideas correspondientes sobre la productividad a menudo se utilizan para trazar límites morales rígidos en torno a las personas desempleadas, poco calificadas o con bajos salarios, lo que reduce el círculo de individuos hacia los cuales los ciudadanos y ciudadanas sienten un sentido de responsabilidad (Lamont & Hall, 2013).

En el caso de Francia, que es objeto de estudio de Lamont, al igual que en otros países europeos que han experimentado reformas basadas en el mercado, estos cambios han fomentado una mayor estigmatización de las poblaciones de bajos ingresos, a las que se les pide que demuestren una mayor autosuficiencia. Además, la creciente competencia económica y otras transformaciones políticas y demográficas han intensificado los límites étnico-raciales, lo que ha resultado en una sociedad más dividida con límites más marcados hacia grupos afrodescendientes y musulmanes. Esto ocurre en un momento en que la población de varios países europeos se está volviendo más diversa. Todo esto ha llevado a una *transformación en los contornos generales de la comunidad simbólica francesa, en la que sólo ciertos grupos son considerados dignos de atención, cuidado y reconocimiento, en un contexto de creciente desigualdad, desempleo e intolerancia*. En un mercado laboral más abierto y desregulado, el énfasis en el éxito socioeconómico se ha convertido en un criterio de valor más accesible para la clase media alta, es decir, el veinte por ciento superior de la población, lo que ha dejado a la mayoría en el camino de la desafección y el fracaso. Según Lamont, algunos de los hallazgos franceses sobre los cambios en la creación de distancia social con respecto a las poblaciones pobres e inmigrantes (musulmanes, en particular) podrían generalizarse a las sociedades europeas. “Los límites morales hacia las personas pobres se han vuelto más fuertes en los países de Europa del Este” y “los sentimientos de distancia social hacia las personas de origen musulmán se han extendido en Europa Occidental” (Lamont, 2017b, pp. 19-20). De esta manera, el neoliberalismo parece estar aumentando o disminuyendo las distancias entre grupos en diferentes contextos sociales, lo que demuestra el carácter dinámico de la construcción de las fronteras morales.

5. Comentarios finales

Como cierre, quisiera volver a los dos objetivos que guiaron la elaboración de este artículo. En primer lugar, se buscó sistematizar un

estado crítico de la cuestión que iluminara un concepto que ha sido marginado en la reflexión teórica. En segundo lugar, se presentaron las diferentes aristas que la noción adquiere a la luz de fenómenos recientes, así como su potencial para el estudio de los *procesos culturales que acompañan las transformaciones neoliberales y los cambios en las definiciones compartidas de valor*.

En ambos recorridos enfatiqué que la valoración ocupa un lugar privilegiado en la producción de la distancia social entre grupos. Asimismo, destacué la relación entre la distancia moral y la producción de las desigualdades y propuse que el análisis de los cambios en la proximidad y la distancia entre los grupos sociales es crucial para comprender las dinámicas de construcción de diversos regímenes de inclusión y exclusión social. Si bien se analizaron estos aspectos a través del caso de Francia, este esquema puede resultar útil para reflexionar sobre la dimensión valorativa de las relaciones sociales y su impacto en la desigualdad en el contexto argentino.

Como mencioné anteriormente, las relaciones de proximidad y distancia entre grupos sociales pueden adoptar diversas formas, incluyendo las distinciones morales que las instituciones, ya sean económicas o estatales, así como las personas en sus prácticas cotidianas realizan entre *tipos o clases de personas*. En el caso de las instituciones, estas clasificaciones ejercen una influencia significativa en la segregación residencial y laboral, en los horizontes afectivos y en las redes que afectan el acceso a recursos como el trabajo, la educación y la salud, entre otros. Por otro lado, las distancias morales que se establecen en las prácticas cotidianas también juegan un papel importante en la forma en que las personas enfrentan las estructuras de desigualdad. Estas pueden manifestarse en incidentes puntuales en los que emergen, se producen, se mantienen y se negocian esas distancias morales⁵⁵. Además, el tratamiento cotidiano de las distancias morales entre grupos sociales también se evidencia en las explicaciones o

⁵⁵ Para un ejemplo de incidentes de este tipo puede consultarse López, D. G. (2021a). *Le passager dans le train. Siggi. Le magazine de sociologie*, 3, 14-16. Desde una mirada etnometodológica, se puede afirmar que en las situaciones concretas y con el fin de gestionar sus asuntos prácticos, los actores y actoras sociales, ensamblan el conocimiento fáctico de las estructuras de desigualdad que les permite tomar decisiones de sentido respecto del tipo de personas hacia las cuales se orientan y de este modo (re)producen el orden social entendido como orden moral Garfinkel, H. (1967). Conocimiento de sentido común de las estructuras sociales: el método documental de interpretación y la búsqueda lega y profesional de datos. En H. Garfinkel (Ed.), *Estudios en Etnometodología* (pp. 91-119). Anthropos.

narrativas de ciertos grupos y en la distancia moral que establecen respecto de otras personas, como en el caso de la población con bajos ingresos, tal como lo muestran los resultados de la *Encuesta de Percepción de Planes Sociales*, que brinda información sobre las actitudes estigmatizantes hacia las personas beneficiarias de programas sociales y una valoración negativa hacia las políticas de redistribución del bienestar (Cruces & Rovner, 2008).

Actualmente, muchas desigualdades de género, edad, clase y etnia se manifiestan en las instituciones políticas, científicas, sociales, de salud y culturales, lo que las consagra, reproduce y legitima. Para entender la magnitud de estos cambios en las definiciones de valor compartidas, se pueden considerar algunos ejemplos relevantes de la vida social, como la discusión sobre la *Ley de cupo laboral trans* en Argentina para revertir la exclusión laboral de personas travestis, transexuales o transgénero, o el proyecto de *Ley contra el edadismo* que se propone promover el acceso al trabajo a personas excluidas en razón de su edad. En esta misma línea, puede mencionarse la ley 27.385, que elimina el requisito de edad para el otorgamiento de las becas de investigación y para el ingreso a carreras científicas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. O las resoluciones 1507, 1508 y 1509/2015 vinculadas a la donación de sangre, mediante las que se pone fin a la discriminación institucional hacia la comunidad LGTBIQ+ a quienes se les impedía donar. La lista de ejemplos es extensa y cada uno de ellos requiere de una investigación detallada de lo que Lamont ha denominado microdinámicas, es decir, de las narrativas que movilizan las personas en las prácticas cotidianas, incluso en su esfera más íntima. No obstante, reflexionar sobre estos procesos nos brinda la oportunidad de explorar empíricamente la institucionalización de clasificaciones excluyentes y/o discriminatorias, el análisis de las acciones de ciertos grupos de la sociedad para revertirlas, así como su impacto en las dinámicas de inclusión/exclusión social. En este sentido, considero que los estudios sociales de la valoración representan un área de investigación emergente y promisorio, que permite enriquecer la perspectiva analítica sobre la desigualdad y la reproducción de las jerarquías sociales. En particular, resulta esencial para alcanzar una mejor comprensión sobre la inclusión y el reconocimiento social.

6. Referencias

- Albertí, A. V. (2018). De "ayudas merecidas y no merecidas". Las políticas sociales de transferencia monetaria en la zona rural del Nordeste de Misiones, Argentina. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy*, 54, 115-138.
- 152 *Revista Sudamérica ISSN 2314-1174, N° 18, Julio 2023, pp. 131-155.*

- Berli, O., Nicolae, S., & Schäfer, H. (2021). Bewertungskulturen. Ein Vorschlag für eine vergleichende Soziologie der Bewertung. En O. Berli, S. Nicolae, & H. Schäfer (Eds.), *Bewertungskulturen* (pp. 1-21). Springer VS.
- Bloemraad, I., Kymlicka, W., Lamont, M., & Son Hing, L. S. (2019). Membership without Social Citizenship? Deservingness & Redistribution as Grounds for Equality. *Daedalus*, 148(3), 73-104.
- Boltanski, L., & Thévenot, L. (2006 [1991]). *On Justification. Economies of Worth*. Princeton University Press.
- Bourdieu, P. (1996). Espacio social y poder simbólico. En *Cosas Dichas* (pp. 127-142). Gedisa.
- Bowker, G., & Star, S. (1999). *Sorting Things Out. Classification and Its Consequences*. The MIT Press.
- Cefaï, D., Zimmermann, B., Nicolae, S., & Endress, M. (2015). Special issue on Sociology of Valuation and Evaluation Introduction. *Human Studies*, 38(1), 1-12.
- Cruces, G., & Rovner, H. (2008). Los programas sociales en la opinión pública. Resultados de la Encuesta de Percepción de Planes Sociales en la Argentina. En G. Cruces, J. M. Moreno, D. Ringold, & R. Rofman (Eds.), *Los programas sociales en Argentina hacia el Bicentenario. Visiones y perspectivas* (pp. 49-120). Banco Mundial.
- Durkheim, E. (1993 [1893]). *La división del trabajo social. Volumen II*. Planeta-Agostini.
- Fourcade, M., & Healy, K. (2007). Moral Views of Market Society. *Annual Review of Sociology*, 33, 285-311.
- Fourcade, M., & Healy, K. (2013). Classification situations: Life-chances in the neoliberal era. *Accounting, Organizations and Society*, 38, 559-572.
- Fraser, N. (1989). Women, welfare, and the politics of need interpretation. En *Unruly Practices: Power, Discourse, and Gender in Contemporary Social Theory* (pp. 144-160). University of Minnesota Press.
- Frisby, D. (2004). *Georg Simmel*. Routledge.
- Garfinkel, H. (1967). Conocimiento de sentido común de las estructuras sociales: el método documental de interpretación y la búsqueda legítima y profesional de datos. En H. Garfinkel (Ed.), *Estudios en Etnometodología* (pp. 91-119). Athropos.
- Granovetter, M. (1973). The Strength of Weak Ties. *The American Journal of Sociology*, 78(6), 1360-1380.
- Husserl, E. (1973). Beilage XI. Heimwelt, fremde Welt und 'die' Welt (1930 oder 1931). En I. Kern (Ed.), *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität. Texte aus dem Nachlass, Dritter Teil: 1929-1935 (Husserliana XV)* (pp. 214-218). Martinus Nijhoff.
- Kadushin, C. (1962). Social Distance Between Client and Professional. *American Journal of Sociology*, 67, 517-531.
- Karakayali, N. (2009). Social Distance and Affective Orientations. *Sociological Forum*, 24(3), 538-562.
- Krüger, A., & Reinhart, M. (2017). Theories of Valuation - Building Blocks for Conceptualizing Valuation between Practice and Structure. *Historical*

- Social Research*, 42(1), 263-285.
<https://doi.org/10.12759/hsr.42.2017.1.263-285>
- Lamont, M. (1992). *Money, morals, and manners: the culture of the French and American upper-middle class*. The University of Chicago Press.
- Lamont, M. (2000). *The Dignity of Working Men. Morality and the Boundaries of Race, Class and Immigration*. Russell Sage Foundation.
- Lamont, M. (2012). Toward a comparative sociology of valuation and evaluation. *Annual Review of Sociology*, 38(1), 201-221.
- Lamont, M. (2017a). *Entrevista a Michèle Lamont*. Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social.
- Lamont, M. (2017b). *Prisms of Inequality: Moral Boundaries, Exclusion, and Academic Evaluation*. Praemium Erasmianum Essay 2017.
- Lamont, M., & Hall, P. (2013). *Social Resilience in the Neoliberal Era*. Cambridge University Press.
- Lamont, M., Moraes Silva, G., Welburn, J. S., Guetzkow, J., Mizrahi, N., Herzog, H., & Reis, E. (2016). *Getting Respect. Responding to Stigma and Discrimination in the United States, Brazil, and Israel*. Princeton University Press.
- Levine, D., Carter, E., & Miller Gorman, E. (1976). Simmel's Influence on American Sociology. I. *American Journal of Sociology*, 81(4), 813-845.
- López, D. G. (2021a). Le passager dans le train. *Siggi. Le magazine de sociologie*, 3, 14-16.
- López, D. G. (2021b). A Phenomenological Approach to the Study of Social Distance. *Human Studies*, 44, 171-200.
- McLemore, D. (1970). Simmel's 'Stranger': A Critique of the Concept. *The Pacific Sociological Review*, 13(2), 86-94.
- Mohr, J. (2005). The Discourses of Welfare and Welfare Reform. En M. Jacobs & N. Weiss Hanrahan (Eds.), *The Blackwell Companion to the Sociology of Culture* (pp. 346-363). Blackwell.
- Park, R. E. (1928). Human Migration and the Marginal Man. *The American Journal of Sociology*, XXXIII(6), 881-893.
- Rizo-Patrón, R. (2010). Diferencia y otredad desde la fenomenología de Husserl. *Areté. Revista de Filosofía*, XXII(1), 87-105.
- Santos, M. (2012). Repertorios culturales y estrategias de acción. Reflexiones desde la perspectiva de la "cultura en movimiento". *Debates en Sociología*, 37, 155-168.
- Schutz, A. (1964 [1944]). The Stranger. An Essay in Social Psychology. En A. Brodersen (Ed.), *Collected Papers II. Studies in Social Theory* (pp. 91-105). Martinus Nijhoff.
- Schutz, A. (2003 [1944]). El forastero. Ensayo de Psicología Social. En *Estudios sobre teoría social. Escritos II*. Amorrortu Editores.
- Schutz, A. (2003 [1957]). La igualdad y la estructura de sentido del mundo social. En A. Brodersen (Ed.), *Estudios sobre teoría social. Escritos II* (pp. 210-251). Amorrortu Editores.
- Simmel, G. (1908). Der Fremde. En *Soziologie* (pp. 685-691). Dunker & Humblot.
- Simmel, G. (1938). Digresión sobre el extranjero. En *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (pp. 273-279). Espasa-Calpe.
- 154 *Revista Sudamérica ISSN 2314-1174, Nº 18, Julio 2023, pp. 131-155.*

- Simmel, G. (2002 [1903]). La metrópoli y la vida mental. En *Sobre la individualidad y las formas sociales* (pp. 388-402). Universidad Nacional de Quilmes.
- Simmel, G. (2002 [1908]). El extranjero. En G. Simmel (Ed.), *Sobre la individualidad y las formas sociales* (pp. 211-218). Universidad Nacional de Quilmes.
- Steinbock, A. J. (1995). *Home and Beyond. Generative Phenomenology After Husserl*. Northwestern University Press.
- Stonequist, E. (1961 [1937]). *The Marginal Man. A Study in Personality and Culture Conflict*. Russell & Russell Inc.
- Swidler, A. (1986). Culture in Action: Symbols and Strategies. *American Sociological Review*, 51, 273-286.
- Tarde, G. (1907 [1890]). *Las leyes de la imitación. Estudio sociológico*. Daniel Jorro.
- Waldenfels, B. (2011). *Phenomenology of the Alien. Basic Concepts*. Northwestern University Press.
- Waldenfels, B., & Steinbock, A. (1990). Experience of the Alien in Husserl's Phenomenology. *Research in Phenomenology*, 20, 19-33.
- Weinar, A., Unterreiner, A., & Fargues, P. (Eds.). (2017). *Migrant Integration Between Homeland and Host Society. Volume 1. Where does the country of origin fit?* Springer.